



Gaston Racine

¡JESÚS VIENE!
¿Estás preparado?

Gaston Racine

¡JESÚS VIENE!
¿Estás preparado?



Jésus revient! Es-tu prêt?

Gaston Racine

© Ferran Cots (edición en castellano)

Edición en castellano autorizada por Jean-Bernard Racine.

Todos los derechos reservados.

No se permite ningún tipo de reproducción, parcial o total, sin la autorización expresa y por escrito del editor.

Traducción y adaptación: Ferran Cots.

Foto portada: Cerler (Abigail Rodés).

¡Jesús viene! ¿Estás preparado?

FC Editor (Barcelona) • ✉ fcots.r@outlook.com

Primera edición: diciembre 2023.

Las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera 2020.

Las citas fuera del texto y las notas al pie no pertenecen a la edición original en francés.

Imprime:



Índice

Prólogo	7
1. El regreso de Cristo	9
2. ¿Le esperamos realmente?	21
3. Esperanza y fe	31
4. Mientras le esperamos	39
5. Preguntas vitales	47
6. Nos gustaría ver a Jesús	51
Conclusiones	55

*Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin
—dice el Señor— el que es y que era y que ha de
venir, el Todopoderoso.*

(Apocalipsis 1:8)

Prólogo

Fue a finales de los años 30 del siglo pasado cuando Gaston Racine escribió el texto de los dos primeros capítulos de este libro, al que añadió en 1958 y 1964 cuatro más. Este libro que ahora tienes en tus manos es la traducción del francés original de la tercera edición de dicho libro, aparecida en 1971.

El tema desarrollado en todo el texto hace mención a la segunda venida de Cristo y está refrendado por diversos e importantes pasajes de la Escritura para aquellos que todavía creen en el regreso del Señor, y lo que Jesús desea encontrar en las almas que caminan hacia él, cautivadas por la esperanza gloriosa de su regreso.

Demasiado a menudo olvidamos que el Señor regresará cuando menos lo esperemos, tal y como él mismo dijo. No debemos bajar la guardia, ya que no sabemos que nos depara el futuro inmediato, o a medio-largo plazo. Lo que sí sabemos es que Dios cumple siempre sus promesas, y la de su regreso se cumplirá fielmente, de la misma manera que se cumplió la de su primera venida a este mundo.

A él sea toda la gloria.

Barcelona, diciembre de 2023

*La esperanza cristiana no es sólo espiritual,
también material. No debemos espiritualizar los
banquetes del Cordero.*

José de Segovia

El regreso de Cristo

1

Jesús viene. Que se sepa o se ignore, se crea o se niegue, el regreso de Jesucristo se acerca. Esta afirmación no es gratuita, toda la Palabra de Dios da testimonio de ello. Se funda en las mismas declaraciones del Señor y en las advertencias de los profetas y los apóstoles. *Ciertamente vengo pronto*, dice Jesús desde la gloria. Y el Espíritu y la Iglesia responden: *¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!* (Apocalipsis 22:20). Tan cierto como que después de la noche viene el día y al invierno sigue la primavera, el Hijo del Hombre aparecerá en gloria sobre las nubes del cielo.

En las tinieblas del mundo —verdadero lucero de la mañana, anunciador de un nuevo día— Cristo hará resplandecer su rostro glorioso sobre todos los que creen, le aman y esperan en él. A una señal dada, a la voz del arcángel, al toque de la trompeta de Dios, el Señor mismo descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Entonces los creyentes que vivan en la tierra en aquella hora serán transformados en un abrir y cerrar de ojos, y serán arrebatados juntamente con los resucitados en las nubes para recibir al Señor en el aire (1 Tesalonicenses 4:13-18).

La gloriosa aparición de Cristo, precedida del arrebatamiento de los elegidos al cielo, es una verdad claramente anunciada en las Escrituras. Estos dos acontecimientos marcan las dos grandes fases del regreso de Cristo, que no se aparecerá a los ojos del mundo sin tener a su lado a los suyos, su Iglesia, a la que tanto amó y por la que dio su vida (Efesios 5:25-27; 2 Tesalonicenses 1:10). Mensaje demasiado olvidado, por no decir incomprendido, por todo lo que hoy se proclama como iglesia en la tierra, el arrebatamiento de los redimidos es la gran verdad bíblica que hace palpar de gozo el alma de todos los santos, porque Dios los llama a reinar con Cristo en el reino de justicia y paz que solo Jesús establecerá en el mundo a su regreso en gloria.

Es el consuelo soberano, la esperanza inefable con la que el Salvador animó ya a sus discípulos, a quienes dejó aquí abajo entristecidos por su

partida (Juan 14:1-3). Es el mensaje que los apóstoles transmitieron a la Iglesia primitiva y que mantuvo poderosamente en ella el espíritu de espera, de vigilancia y de oración, tan necesarios para la vida cristiana.

No se trata, pues, de una divagación teológica de unos pocos visionarios, ni de un particularismo religioso de unos pocos sectarios. Se trata de una verdad que debe ser proclamada, sobre todo porque todo apunta a su próximo cumplimiento. Pero ya vemos la sonrisa irónica de los escépticos y escuchamos el sarcasmo de los burladores que hoy hacen de la nada su Dios y de la negación su razón de ser. ¿Acaso sus desesperados argumentos pondrán dudas en el corazón de los creyentes? Al contrario, su actitud y sus palabras nos confirman en la certeza de que hemos llegado a los últimos días descritos por la Palabra de Dios como tiempos difíciles en los que *vendrán charlatanes, que vivirán de acuerdo a sus propios malos deseos y dirán: ¿Dónde está la promesa de su regreso? Porque desde el día en que los padres murieron, todo sigue igual que al principio de la creación.* (2 Pedro 3:3-4).

Así que, aquellos que pronuncian tales palabras prueban la verdad y actualidad de las Escrituras También vemos las reacciones de muchos que se creen los representantes oficiales del cristianismo y de Jesucristo. Desde hace mucho tiempo, han sustituido la sencilla enseñanza de Cristo que afirman seguir, el claro testimonio de los apóstoles de los que dicen descender o continuar la obra, por sus propios pensamientos y el fruto de una erudición que ellos consideran superior a la de Jesús y algunos galileos incultos.

¡Qué importa! Si hemos de elegir entre las declaraciones de los hombres *insensatos que, sin haber recibido ninguna visión, siguen su propia inspiración* (Ezequiel 13:3), y la autoridad de Cristo y de su Palabra viva, sin dudarlos nos ponemos del lado de Cristo y la Biblia. ¿Por qué seremos hallados mentirosos, falsos pastores, pastores de la nada, diciéndole al pueblo: ¡Paz, paz!, cuando no hay paz, y haciendo creer a las almas que la palabra dicha se cumplirá, cuando en realidad el Señor no ha hablado? (Ezequiel 13:6-7, 10).

Mientras cada uno aquí abajo cree en su propia verdad y cree poder llevarla a los demás, el cristiano digno de ese nombre no encuentra la verdad en sí mismo. Su mensaje no es suyo, sino de Cristo, que es el único camino, verdad y vida (Juan 14:6). Lo que predica el verdadero creyente es

la enseñanza de Cristo y sus apóstoles. Y los cristianos fieles escuchan esta enseñanza y la viven (1 Juan 4:2). Pero Cristo dice: *vendré de nuevo y os llevaré conmigo* (Juan 14:3), y añade: *¡Vengo pronto! Traigo mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según lo que haya hecho* (Apocalipsis 22:12). Ante estas palabras ciertas y verdaderas, benditas promesas para unos, terribles amenazas para otros, el cristiano se siente apremiado a advertir solemne e incansablemente a cada alma.

La angustia del mundo

¡El mundo está esperando! Jamás una expectativa tan universal, intensa y ansiosa, se apoderó de siglo alguno. Nunca el pensamiento del futuro estuvo tan presente en todas las mentes, incluso en las más vulgares, incluso en las más simples.

Esperamos paz, y no hubo nada bueno; esperábamos día de curación, y hubo turbación (Jeremías 8:15).

Así que, para escapar, si es posible, de esta ola de angustia que se apodera de las almas, de este miedo tenaz que se cuela en los corazones, el mundo, no teniendo con qué alegrarse, busca aturdirse. Cerrar los ojos, taparse los oídos, incluso emborracharse, son ciertamente formas de perder la conciencia de un peligro. Pero todo esto no elimina el peligro que corre la multitud de insensatos. Porque mientras yacen sobre su inmundicia, diciendo en sus corazones *el Señor ni hará bien ni hará mal* (Sofonías 1:12) la cólera de Dios está lista para caer sobre ellos.

Se acerca ese día terrible del que hablan los profetas, un día de angustia, devastación y destrucción, de tinieblas y oscuridad (Joel 2:2). Sin embargo:

¿Se han avergonzado de haber hecho abominación? Ciertamente, no se han avergonzado, ni aun saben tener vergüenza; por tanto, caerán entre los que caigan; cuando los castigue, caerán, dice el Señor (Jeremías 6:15).

Ya viene, se apresura en llegar, la ira de Dios y del Cordero, tal como anuncian todas las Escrituras. Terrible e implacable, caerá sobre todos los impíos que recibirán entonces la justa retribución por sus palabras y sus obras. Pero que nadie se engañe, en ese día alcanzará también a todos

los hipócritas, los tímidos y los mentirosos que hicieron de la religión un manto que cubriera sus iniquidades. En esa hora, todos los que creyeron que durante su vida podían mantener una apariencia de piedad, mientras negaban su poder, sabrán lo que significa ser vomitados de la boca del Señor (Apocalipsis 3:16).

No os engañéis; Dios no puede ser burlado, pues todo lo que el hombre siembre, eso también cosechará (Gálatas 6:7).

Es hora de tomar a Dios en serio. Por eso, todos juntos, pongamos en práctica la Escritura que nos dice:

Congregaos y meditaad, nación sin pudor, antes que tenga efecto el decreto y el día pase como el tamo; antes que venga sobre vosotros el furor de la ira del Señor; antes que el día de la ira del Señor venga sobre vosotros (Sofonías 2:1-2).

¡Buscad al Señor mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano! Deje el impío su camino y el perverso sus pensamientos, y vuélvase al Señor, el cual tendrá de él misericordia, porque nuestro Dios sabe perdonar con generosidad (Isaías 55:6-7).

La espera de los creyentes

El cristiano está a la espera. Su alma *espera en el Señor más que los centinelas la mañana, más que los vigilantes la mañana* (Salmo 130:6). Si el lema actual del mundo es: *¡Aturdirse en la espera!*, el del creyente sigue siendo: *¡Servir esperando a Cristo!* No, el creyente no busca aturdirse, porque en Cristo puede gozarse siempre. Sus ojos ven, sus oídos oyen. Y porque conoce con certeza el futuro del mundo y el del cristiano, frente a las multitudes perdidas, con el corazón atenazado por el amor de Cristo, ruega a todas las personas: *Reconciliaos con Dios* (2 Corintios 5:20).

Sabe bien que muchos permanecerán sordos a su ruego, pero también sabe que quien escuche y crea se salvará de la muerte eterna. Si predica el regreso de Cristo, es porque cree en los gloriosos resultados de su primera venida a la tierra. Sabe que Cristo vino para buscar y salvar lo que se había perdido (Lucas 19:10). Sabe que murió en la cruz del Calvario para expiar las faltas y los pecados de la humanidad culpable. Sabe que resucitó al tercer día para justificación de todos aquellos que creen en él (Romanos 4:25).

Sabe, junto con todos los creyentes, que habiendo subido al cielo de donde descendió, les prepara un lugar e intercede por ellos (Juan 14:2, Romanos 8:34). Sabe que, en el tiempo que Dios determine, aparecerá por segunda vez para salvación de los que en él esperan (Hebreos 9:28). Finalmente atestigua con los apóstoles que es a él, Cristo, a quien Dios ha constituido juez de vivos y muertos (Hechos 10:42).

Al contrario de los incrédulos, que exigen a la vida todo lo que pueden y no encuentran más que el vacío de los seres y de las cosas, a la espera de un vacío aún mayor, un agujero abierto, el pozo que se tragará sus miserables restos, el creyente ama la vida. Esta le da la oportunidad de conocer a Cristo, de gozar de él, fuente de agua viva, de servirle con alegría, antes de entrar en una plenitud aún mayor, el día en que se le abrirá el cielo y será revestido de un cuerpo glorioso.

Una verdad despreciada

Pero, ¿por qué, en un mundo que se ha vuelto tan indiferente a las cosas de Dios, el anuncio del regreso de Cristo suscita tanta incredulidad, duda, escarnio, incluso odio? Algunos no creen en ella, porque sólo ven en Cristo a un gran hombre, un genio que murió hace dos mil años, víctima de una ideología que aún le sobrevive, pero que muy pocos practican. Negando la resurrección, consideran la de Cristo como una pura leyenda inventada por los apóstoles. Para ellos, siendo Jesús nada más que un poco de polvo mezclado con la tierra, no pueden sentirse impresionados con nuestra afirmación.

Pero, ¿y si están equivocados? ¿Y si toda su sabiduría fuera en realidad solo locura? ¿Y si todos sus razonamientos, su lógica lúcida fueran solo fruto de una naturaleza orgullosa y corrompida? ¿Y si en el fondo no fueran más que ciegos objetos de sus propias concupiscencias? ¿Y si se equivocan? Otros, y entre ellos un gran número de cristianos mundanos, no opinan, dudan del cumplimiento de esta verdad, o rechazan y odian esta doctrina. ¿A qué podemos atribuir este estado de cosas?

Primero debemos reconocer que la mayoría de las personas viven en una total ignorancia de las verdades bíblicas. El cristianismo de muchos bautizados es en realidad sólo una fina capa de barniz que cubre un alma y unos hábitos que han permanecido paganos. Si en algunos países hay

carencia de Biblias, no puede decirse lo mismo de los nuestros. Pero la Biblia no se lee. Aparte del clero y a pesar de la renovación bíblica, la mayoría de los católicos sólo conocen fragmentos de ella. Los protestantes que, sin embargo, poseen el libro sagrado en todas sus casas, lo abren muy poco o nada. Piensan que han leído bastante en el catecismo¹ y durante su breve instrucción religiosa. Para ellos, lo que escuchan en la iglesia, si todavía van, es más que suficiente. ¿Y cómo se sentirían atraídos por la Biblia, cuando algunos de sus propios líderes espirituales no dudan en decir y escribir que si el tono general de este libro es sin duda el de la fe y la piedad, no obstante está lleno de fallos, aberraciones y contradicciones?

Sin embargo, si se despertara de nuevo el interés por la Biblia, el lector atento descubriría, entre muchas otras verdades maravillosas, que la segunda venida de Cristo se menciona más de trescientas veces en los doscientos sesenta capítulos del Nuevo Testamento, lo que representa la cuarta parte de los versículos desde Mateo hasta Apocalipsis. Entonces, abriendo el Antiguo Testamento, podría distinguir que la gran mayoría de las predicciones sobre Cristo se refieren a su segunda venida.

Sin embargo, el desconocimiento de las Sagradas Escrituras no es la única razón; la mayor hostilidad contra la doctrina del regreso de Cristo se encuentra sobre todo entre aquellos que, al anunciar a Jesús, el Salvador del mundo, piensan que, en más de un punto, Cristo se equivocó. Ciertamente, reconocen en Jesús de Nazaret al maestro de la moralidad, pero le niegan toda autoridad en los campos histórico y científico.

Reteniendo de Cristo sólo lo que agrada a su razón, a su conciencia y a su corazón, no temen mutilarlo sin escrúpulos diciendo: *Dejamos en los anales del pasado al Mesías que debe volver pronto sobre las nubes, al judío que cree en las posesiones demoníacas y en el demonio importado de la lejana Persia, para ponernos en comunicación con el Rey de los humildes, el hijo primigénito del Padre, hermano de los hombres, cuya doctrina fundamental fue la sal de la tierra hace diecinueve siglos, y que debe volver a serlo, o el mundo se perderá. Incluso establecemos una diferencia entre el evangelio y los errores que a veces oscurecieron su principio en la mente de su fundador. Declaramos ser cristianos sin suscribirnos a todas las ideas judías o helénicas de Jesucristo.*

Si tales hombres no manifestaran tan claramente su posición frente a Cristo, les haríamos esta pregunta: *¿Confesáis a Jesucristo venido*

en carne, sí o no? ¿Lo reconocéis como el único y eterno Hijo de Dios, el Verbo hecho carne? Entonces agregaríamos: Si es que sí, ¡entonces sed consecuentes y admitid que su Palabra es infalible, creedla, vividla y predicadla fielmente! De lo contrario, arrojad vuestra máscara, lobos rapaces cubiertos con pieles de cordero, falsos maestros y profetas, animados por el espíritu del Anticristo, que seducen los corazones. ¡Pero no llevéis máscara!

La tolerancia es tan grande hoy en algunas iglesias que basta ser graduado en teología para poder socavar libremente los fundamentos del cristianismo dentro de la misma Iglesia o, para ser más exactos, de la que todavía lleva este nombre. ¿Acaso un sistema así no traiciona a Cristo más de lo que lo representa? Vagáis sin conocer las Escrituras ni el poder de Dios. Vuestras luces os ciegan. Vuestra razón os engaña. ¿Por qué alardear de vuestra sinceridad y tan generosamente dar una patente de ignorancia a todos aquellos que humildemente creen que todavía pueden apoyarse en su Biblia y contar con la ayuda del Espíritu Santo para entenderla?

Acordaos en qué términos califica el más grande de los apóstoles a los que predicaban otro Jesús que el que ellos predicaron, o un evangelio diferente del que anunciaron:

Porque estos falsos apóstoles son obreros fraudulentos, que se disfrazan de apóstoles de Cristo. Y esto no es sorprendente, porque el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz. Así que, no es extraño si sus ministros se disfrazan de ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras (2 Corintios 11:13-15).

Por no haber abierto su corazón al amor de la verdad para ser salvos, Dios les envía un poder engañoso que les hace creer en la mentira de un neocristianismo universal, llevándolos a la apostasía (2 Tesalonicenses 2:3-12).

La responsabilidad del entorno evangélico

Los detractores de la doctrina del regreso de Cristo no se reclutan sólo entre las filas del liberalismo. La ortodoxia tiene muchos de ellos. ¿Por qué, entonces, no esperamos a Cristo, nosotros que hacemos nuestra la Biblia, que conocemos las Escrituras y que profesamos creer en la venida del Señor? ¿Por qué vivimos aquí abajo como si la venida del Señor estu-

viera muy lejana? Si no sabemos el día ni la hora, si nadie puede fijar una fecha, ¿es esa una razón para pensar, hablar y actuar como si Jesús no viniera hoy? Por el contrario, el total desconocimiento en que nos encontramos sobre el momento preciso de su regreso, debe animarnos a velar diariamente. Guardémonos de decir con el discípulo infiel: *Mi señor se retrasa en venir* (Mateo 24:48). Jesús, que no podía errar ni engañarnos, dijo: ... *vendré de nuevo...* (Juan 14:3). ¿Por qué sorprendernos negando las órdenes de aquel a quien sin embargo llamamos Maestro y Señor? ¡Estemos alerta para que cuando él venga, nos encuentre fieles!

Si las multitudes de hoy no saben casi nada sobre el regreso de Cristo, o no creen en esta verdad, es porque no ven los maravillosos efectos que tal perspectiva debería producir en la vida de los cristianos y de las comunidades cristianas evangélicas. ¿Cómo podemos tomar en serio las afirmaciones de personas que afirman que el regreso de Cristo es inminente, mientras continúan viviendo en la tierra como hermanos divididos, mientras proclaman que compartirán la misma morada de gloria? Si su convicción fuera real y sincera, ¿no es hora de que tomen en serio las palabras de su Maestro y las pongan en práctica?

¡Debemos reconocerlo! Si los hijos de Dios ardieran en amor por su Salvador, si su creencia en su regreso se transformara en una expectativa práctica, se produciría un verdadero avivamiento. Como ocurría en las iglesias primitivas, lejos de paralizar la actividad evangélica, esta expectativa real no haría más que animarla y alentarla de la manera más eficaz. Un nuevo amor por las almas perdidas llenaría los corazones, restaurando el evangelismo al lugar sin el cual toda iglesia muere. Las barreras entre los verdaderos creyentes caerían. Muchas etiquetas religiosas desaparecerían. Finalmente, los hermanos desunidos se reconciliarían para mostrar al mundo el amor de Cristo. Caminarían juntos por el camino de la santificación, más ocupados en los intereses de su Señor que en sus propios asuntos, dispuestos a dar cuenta a su Maestro de la administración de los dones, talentos y posesiones que les había confiado para testimonio de él en este mundo.

Pero, ¿por qué no ocurre ese avivamiento hoy? ¿Cristo ya no es atractivo para nuestros corazones? ¿Se ha vuelto tan rara la fe verdadera en su nombre en la tierra? En el torbellino de la vida presente, ¿está nuestra mente tan ocupada con las cosas de la tierra que prácticamente olvida-

mos el regreso del Señor? En contacto con este mundo y sus placeres, ¿se ha enfriado nuestro amor por Cristo hasta el punto de que su venida nos parece inoportuna, perturbando nuestros planes para el futuro, los planes de corazones demasiado apegados a las cosas de abajo?

¿Hemos hecho de la gran salvación de Dios una almohada de pereza para dormir durante la cosecha como un hijo que causa vergüenza?

El que recoge en verano es persona sensata, pero el que duerme en tiempo de la cosecha produce bochorno (Proverbios 10:5).

¿Está tan acentuada nuestra conformidad con los hábitos de este mundo que ya no podemos pensar en el regreso de Cristo sin malestar y sin miedo? Si es así, ¿no tenemos más de mil razones para pedir a Dios que algo cambie en nuestras vidas sin demora? En las últimas horas del tiempo de la paciencia y de la gracia de Dios, como un toque de clarín, resuena en los oídos de todos el aviso de Cristo: ... *estad preparados...* (Mateo 24:44). Este anuncio nos hace una pregunta personal y directa: *¿Estoy listo para su regreso?*

Porque su regreso también significa ajustar cuentas. Leamos las parábolas de Cristo sobre su venida y sabremos lo que nos espera. Si vivimos en armonía con las enseñanzas de la Palabra de Dios, si caminamos en la luz, como Dios está en la luz, el regreso del Señor será para nosotros una esperanza bienaventurada, una fuente inagotable de consuelo, un poderoso motivo de santificación y estímulo saludable para servir a Cristo mientras le esperamos (1 Juan 1:7; Tito 2:11-13; 1 Juan 3:3; 1 Tesalonicenses 1:10).

¿Podemos saber cuándo se cumplirá la promesa?

Si bien no se nos revela el tiempo exacto del regreso de Cristo, Dios no nos ha dejado sin detalles acerca del tiempo de la segunda venida de su Hijo. A través de la Biblia, el creyente conoce los signos más particularmente indicadores de ésta, que se manifiestan cada vez más a nivel político, social, moral y religioso. Cualquiera que lea las Escrituras quedará impresionado por la asombrosa precisión de estas predicciones. Sabiendo por la Palabra que Cristo regresará a la tierra con los suyos (1 Tesalonicenses 4:14), toda alma piadosa llega a la conclusión de que el arrebatamiento de los creyentes no puede tardar mucho. Esta convicción se ve reforzada por el hecho

de que, mientras muchas señales anuncian el regreso glorioso del Señor, en la Biblia no se predice ningún evento especial que tenga que ocurrir antes de que Jesús regrese a buscar a los suyos. Esto es tan cierto que los mismos apóstoles se les permitió pensar que este arrebatamiento podría ocurrir durante su vida.

Por otra parte, miembro del cuerpo de Cristo (1 Corintios 12) y participante de la naturaleza divina (2 Pedro 1:4), el hijo de Dios es alguien que vive en la tierra dominado y dirigido por la cabeza de este cuerpo, el mismo Cristo que está en los cielos. Busca caminar aquí abajo de una manera digna de su Señor, conforme a la voluntad de Dios, siendo sus deseos y aspiraciones celestiales y correspondientes a su nueva naturaleza. Viviendo así en este mundo, se da cuenta, cada día más, que llega la hora en que ya no habrá lugar para él aquí abajo.

Ante una marea creciente de impiedad, iniquidad y apostasía, se da cuenta de que si hoy todavía es tolerado, mañana no lo será, a menos que se alinee y haga como los demás, siguiendo la corriente de este mundo. El mismo hecho de que busca remontar esta corriente, su forma de vivir separada de la corrupción del mundo que se insinúa por todas partes, sus palabras de advertencia, lo ponen en oposición al mundo y sus principios. Se convierte así, incluso en silencio, en un vivo reproche para muchos y en la condenación de sus vidas.

Un poco más de tiempo y —desaparecidos los últimos escrúpulos, desaparecidos los últimos prejuicios—, en días en que asistimos muy rápidamente a la devaluación de los valores, la cuenta de los verdaderos cristianos se saldrá en nombre de una nueva moral universal. El futuro terrenal del cristiano es muy oscuro. Lo sabe, lo siente. Cada vez más, siente lo extraño que es en la tierra, incomprendido incluso por sus amigos cercanos y sus hermanos. El mal es tan sutil, se vuelve tan general, que ya no sabemos distinguir entre lo santo y lo profano, entre el bien y el mal, hasta que mañana llamemos abiertamente a lo malo bueno y a lo bueno malo (Isaías 5:20).

Miramos a los hombres y ya no a Cristo, y como los hombres se permiten hacer muchas cosas, pensamos que podemos hacer como ellos. Hacer como los demás parece convertirse cada vez más en el ideal de muchos. Y si a veces la conciencia de algunos despierta, se calma con esta consigna: *No podemos hacer otra cosa, debemos vivir de acuerdo con nuestros tiempos.*

Ahora bien, el cristiano que vive en íntima comunión con Cristo sabe que se puede hacer de otra manera, incluso afirma que se debe hacer de otra manera, que para él es cada vez más imposible no hacer otra cosa. Acostumbrarse al pecado, a las negaciones perpetuas, a una vida de compromisos, se vuelve imposible para quien todavía tiene la vida de Dios. Al igual que su maestro, no se evade del mundo. Vive constantemente cerca de todas las almas, inclinado sobre todas las miserias, preocupado por todos los problemas, pero totalmente apartado de toda corrupción y de toda violencia. Vive en el mundo, pero enseñado por la gracia y no por los principios de la época; vive sobria, justa y piadosamente mientras aguarda la bienaventurada esperanza (Tito 2:11-14). Y porque esta esperanza está viva en él, porque es concreta y precisa, no teme la ira de los hombres que no se preocupan por la ira de Dios.

Ser considerado digno de escapar de la ira venidera es lo que le importa al cristiano. Así, como Enoc, camina con Dios en medio de una generación corrupta y perversa. Ante la creciente impiedad, advierte incansablemente a las almas. Sufre por la presencia del pecado y anhela la liberación. Su corazón está ligado a Cristo; espera con él. Desea su venida porque ama a su Señor. Lo anhela porque su corazón late por él. Ansía su regreso, no por cobardía para escapar y huir de la adversidad, sino porque anhela el día en que Cristo sea plenamente glorificado en él y en este mundo.

Maranatha —el Señor viene— era la consigna con la que los cristianos de los tiempos apostólicos se exhortaban a la espera vigilante. Sí, volverá para llevarse a los suyos e introducirlos en las amorosas moradas de la casa del Padre (Juan 14:2-3). El mundo debe esperar la desaparición total y repentina de los verdaderos cristianos. Se les buscará, pero no se les encontrará. Incluso antes de que hayan sido exterminados en nombre de una religión apóstata, habrán desaparecido, llevados por el Señor a Dios a su trono. Lo que se interponía en el camino de la corrupción total, habrá desaparecido y el hombre de pecado, el Anticristo, podrá aparecer. Este inicuo vendrá por el poder de Satanás, obrando toda clase de milagros, señales y prodigios mentirosos, y usando toda la seducción de la injusticia, para engañar de los que se pierden, por cuanto no han abierto su corazón al amor de la verdad para ser salvados (2 Tesalonicenses 2:8-10).

En ese tiempo los terribles juicios apocalípticos descenderán sobre el mundo impío hasta el día en que el Señor Jesús, saliendo del salón de bo-

das, descenderá del cielo rodeado de todos sus redimidos y destruirá con el aliento de su boca al Anticristo y sus adoradores, poniendo así fin a las iniquidades de los hombres (Apocalipsis 19). Entonces todo ojo verá a Jesús, y todos los pueblos de la tierra se lamentarán por él (Apocalipsis 1:7). Rey de gloria, Señor de señores, establecerá en poder su reino de justicia y paz en una tierra purificada por sus terribles juicios (Apocalipsis 20:4-6).

Todo esto está revelado en la Biblia. Léela con atención y, si tu mente no está prejuiciada por ideas preconcebidas, verás claramente que el regreso del Señor no se ha producido ya, como pretenden algunos, el día de Pentecostés o en otros momentos determinados de la historia del mundo, o que tiene lugar cada vez que una persona se convierte, muere o participa de la Santa Cena. El evangelio enseña un regreso glorioso y visible de la persona de Cristo y aporta argumentos positivos contra la idea de su venida en espíritu, ya sea en Pentecostés, en la conversión o en la muerte. Que Dios nos guarde de añadir o quitar de las buenas nuevas de salvación.

1 ► El catecismo es un libro de instrucción elemental que contiene la doctrina cristiana, escrito con frecuencia en forma de preguntas y respuestas. No solo el catolicismo tiene su propio catecismo, sino también algunas confesiones protestantes, como instrucción primaria de los nuevos convertidos. El principal catecismo reformado, aún en uso en muchas iglesias protestantes, es el Catecismo de Heidelberg, publicado en 1563. El origen de este catecismo fue afirmar los principios de la fe reformada según los verdaderos principios bíblicos.

¿Le esperamos realmente? 2

Si muchas almas viven sin Dios en el mundo e ignoran el regreso de su Hijo otras, por el contrario, profesan conocer a Dios y creer en la venida del Señor. Es a esta última clase de personas a la que nos sentimos impulsados a llevar este mensaje. Al descargarnos de esta misión, suplicamos al Señor que escudriñe incesantemente nuestro propio corazón con su palabra viva y eficaz, más penetrante que una espada de dos filos, no sea que después de predicar a los demás no nos dejemos reprobarnos nosotros mismos (1 Corintios 9:27).

Los cristianos, que conocemos las verdades sobre la venida del Señor, que cantamos los cánticos de su regreso, ¿le estamos esperando realmente? Jesús mismo enseñó que regresaría cuando sus discípulos no pensarán en ello. Incluso el siervo fiel y prudente será pillado desprevenido, pero se le encontrará cumpliendo con su deber (Lucas 12:36-37). Ya que sabemos estas cosas, ¿vivimos el momento presente como si Cristo regresara hoy? ¿Está toda nuestra vida abierta a Dios? Si supiéramos con seguridad que Cristo viene esta noche, ¿necesitaríamos cambiar algo en nuestra vida o en nuestros planes diarios, renunciar a algunas citas o a algún negocio lucrativo pero deshonesto...? Si es así, entonces no es del todo cierto que le estamos esperando. La inminencia del regreso de Cristo no debe limitar nuestra actividad. El mandato formal del Señor permanece: *Haced negocio..., hasta que yo vuelva* (Lucas 19:13).

Pero hay negocios y negocios. Si la venida del Señor es para nosotros solo una verdad teórica, sin poder práctico sobre nuestra vida, puede que nos aguarde una terrible sorpresa. El que realmente espera a Cristo ya vive con y para él, haciendo todas las cosas de corazón, como para el Señor. Guiado por su Espíritu, busca hacer diariamente las cosas que le agradan. Conociendo el poder de la piedad, abandona por completo las cosas que se hacen en secreto y se reviste de la nueva vida que es en Cristo Jesús el Señor, viviendo tal como quisiera ser hallado por él en su venida.

Si hoy nuestra vida no está en orden con Dios, ¿podemos seguir pensando que el Señor pondrá el sello de su aprobación sobre una existencia que lo deshonra? ¿No fue Enoc arrebatado por Dios después de recibir el testimonio de haberle agradado? (Hebreos 11:5). ¿Acaso no sabemos que la obra de todos será manifestada y probada por el fuego? Si esta obra permanece recibirá recompensa, dice la Palabra, pero si se consume, se perderá su recompensa; sin embargo, será salvo, pero como quien escapa del fuego (1 Corintios 3:12-15). ¿Permaneceremos insensibles a tal advertencia?

Profesando creer en las verdades del cristianismo, siempre hemos dado por sentado nuestro arrebatamiento a la gloria. Esto es tan evidente para algunos cristianos que se han vuelto bastante indiferentes a vivir aquí abajo como vivió Cristo. Su arrebatamiento en la venida del Señor les parece tan natural, tan indiscutible, que cualquier pensamiento o palabra capaz de minar su fácil confianza son inmediatamente acusados por ellos de falsa doctrina o peligroso error. De este modo las verdades de la Palabra, que todavía podrían arrojar alguna duda saludable en sus corazones, ya no perturban su conciencia adormecida. Puesto que son salvos, puesto que se creen ovejas del Señor, de quien Cristo dijo que nadie las arrebataría de su mano, fácilmente se persuaden de que las palabras del mismo Cristo dirigidas a los creyentes tibios de Laodicea no les conciernen. ¿Cómo podríamos ser vomitados de su boca —dicen—, siendo de Cristo? Pero, ¿quién les dijo que verdaderamente le pertenecen? ¿Da el Espíritu Santo, diariamente, testimonio a sus corazones, a su espíritu de que son hijos de Dios?

Advertencias solemnes

Nosotros, que hemos hecho de la seguridad de la salvación una certeza matemática, que creemos salvarnos como dos por dos son cuatro, recordemos algunos textos aptos para hacernos reflexionar:

No todo el que me dice: "¡Señor, Señor!", entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: "Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre y en tu nombre echamos fuera demonios y en tu nombre hicimos muchos milagros?". Entonces les declararé: "Nunca

os conocí. ¡Apartaos de mí, hacedores de maldad!" (Mateo 7:21-23).

Pero sois vosotros los que cometéis el agravio y defraudáis, y lo hacéis contra los hermanos. ¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No os engañéis: ni los lujuriosos, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se acuestan con hombres, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los difamadores, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios (1 Corintios 6:8-10).

Las obras de la carne son fáciles de reconocer, y son: adulterio, inmoralidad sexual, inmundicia, lujuria, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, divisiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas. En cuanto a esto, os advierto, como ya os he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios (Gálatas 5:19-21).

Y Jesús añade:

—Esforzaos en entrar por la puerta estrecha, porque os digo que muchos intentarán entrar y no podrán. Después de que el dueño de la casa se haya levantado y cerrado la puerta, empezará a llamar desde fuera diciendo: "Señor, Señor, ábrenos". Mas él os responderá: "No sé de dónde sois". Entonces comenzará a decir: "Contigo hemos comido y bebido y en nuestras plazas has enseñado". Pero replicará: "Os digo que no sé de dónde sois. Apartaos de mí todos los que practicáis la injusticia" (Lucas 13:24-27).

Nadie se puede burlar de Dios. No podemos tomar del cristianismo lo que nos agrada mientras ignoramos o rechazamos deliberadamente los valores absolutos de la vida cristiana. La Escritura nos muestra que el terrible destino de todos los cobardes, los homicidas, los incrédulos, los abominables, los fornicarios, los hechiceros, los idólatras y de todos los mentirosos, será el lago de fuego y azufre, que es la muerte segunda (Apocalipsis 21:8).

Estos pasajes y muchos otros prueban, inequívocamente, que a la venida de Cristo se llevará a cabo una gran selección. Para que este día no nos sorprenda y nos encontremos en una situación similar a la de las vírgenes insensatas, después de haber creído estar entre las prudentes, ¿tomaremos en serio la Palabra y examinaremos realmente si estamos en la fe?

Un examen necesario

No es la gente del mundo la que dice: *¡Señor, Señor!* El mundo no ora. No son los teólogos liberales y racionalistas los que usan el nombre de Jesús para hacer milagros y expulsar demonios, ya que no creen en los milagros, como tampoco en el diablo y los demonios. ¿Quiénes son entonces estas personas que a menudo dicen: *¡Señor, Señor!*, que usan el nombre de Jesús, que escuchan su enseñanza y que participan de la Santa Cena?

Algunos círculos evangélicos creen poder encontrarlos en cualquier otro lugar que no sea su propia comunidad, dentro lo que llaman *la confesión cristiana sin vida*, mal fatal del que creen estar totalmente a salvo. Pero, ¿es realmente esta profesión cristiana sin vida la que dice: *¡Señor, Señor!*, la que cultiva encuentros de oración donde se invoca este nombre, la que se reúne a menudo para celebrar la Santa Cena? ¿No es más bien entre los círculos evangélicos donde podemos encontrar muchos de aquellos de quienes habla el Señor? ¿No es en su seno donde encontramos almas que conocen la doctrina del Señor e invocan su nombre, pero sin cumplir su voluntad y sin manifestar que Cristo es el Señor de su vida?

Más aún, ¿no es también en estas comunidades en las que permanece todavía una cierta fe en el milagro y que, domingo tras domingo, se participa de la Santa Cena? ¿Por qué nos obstinamos en apartar la espada de nuestros corazones por más tiempo? ¿Por qué rechazar obstinadamente el colirio que Jesús nos ofrece para ungir nuestros ojos, para que no sigamos siendo ciegos y guías de ciegos? ¿Por qué decir: *la carta a Laodicea no nos concierne*, antes de haber permitido que Cristo nos hiciera estas preguntas personales y específicas: ¿Eres frío? ¿Eres caliente? ¿Eres tibio? Ahora estamos ante él. Lo sabe todo sobre nosotros y conoce nuestro corazón. Mientras su mirada lee hasta lo más profundo de nuestra alma, nos repite estas tres palabras: *¿Eres frío conmigo?*

Si lealmente, reconociendo nuestra miseria, nuestra falta de celo, podemos responder como Pedro, consciente de haber negado a su Maestro: *—Señor, tú lo sabes todo. Tú sabes que te quiero* (Juan 21:17). Entonces el Señor nos dirá con la misma mirada de amor intenso que desborda el corazón: *Puesto que no eres frío, ¿tienes entonces un ardiente amor por mí?* Y de repente, revelándonos a través de su cruz la medida de su amor por nosotros, nos hará captar la medida de nuestro amor por él, la forma

en que hasta ahora hemos respondido a su amor. Pondrá ante nuestros ojos la vida de unos cuantos siervos ardientes: de un Pedro restaurado, de un Saulo de Tarso convertido y de muchos cristianos de todos los tiempos, cuyo corazón se consumía con una llama viva de amor por su amado Señor y que podían repetir con el apóstol Pablo: *Porque para mí el vivir es Cristo...* (Filipenses 1:21).

Si ante Cristo y esta nube de testigos no podemos más que desmoronarnos y confesar con lágrimas: *¡No, Señor, no ardo de amor por ti! Hasta ahora he dicho que te conozco, pero no te he amado de verdad*», entonces Cristo, siempre ante nosotros, sólo puede inevitablemente decirnos: *“Si no sois ni fríos ni calientes, ¿seréis tibios?”* (Apocalipsis 3:13-20). ¡Tibio!... Ni frío, ni caliente, tibio. Esta terrible palabra con sus consecuencias, ¿no es sin embargo la que quizás mejor caracteriza nuestro estado espiritual?

¿Por qué persistir en negar la evidencia y correr, cantando himnos, hacia el terrible juicio que alcanzará a los tibios? Porque lo que cuenta, en esta cuestión, no es creerse salvo, sino ver si de verdad no somos tibios. ¿No puedo engañarme acerca de mi propio estado? ¿No está la Palabra de Dios, precisamente para preservarme de toda ilusión y darme una seguridad que no es una certeza engañosa?

La seguridad de la salvación

Sabemos perfectamente que un verdadero creyente no puede perder su salvación; pero también sabemos que el demonio se esfuerza por poner a las almas en una posición falsa, por ganarlas a una fe que no es la fe verdadera y llevarlas a creerse convertidas cuando no lo son en absoluto. Por eso es necesario tener claridad sobre esta cuestión capital de la que depende nuestro comportamiento aquí abajo y nuestro destino eterno. El testimonio de Dios es simple. Él quiere que todo aquel que cree en el nombre del Hijo de Dios sepa que tiene vida eterna (1 Juan 5:13).

Su deseo es que todos podamos decir como el apóstol Pablo:

Ahora pues, justificados por la fe tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo (Romanos 5:1).

Ahora pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús... Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni

ángeles ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo futuro, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro (Romanos 8:1, 38-39).

Claramente, toda la Escritura nos muestra que la seguridad de la salvación no descansa en nosotros mismos. Ni el celo, ni el fervor, ni la piedad, ni la ciencia, ni las obras, ni el grado de santificación que un hombre crea haber alcanzado pueden procurarle la seguridad de su salvación. Las valoraciones humanas tienen un valor muy relativo y solo pueden conducir, en este dominio, a la presunción o a la desesperación.

La seguridad de la salvación tiene su base fuera de nosotros mismos. Se basa en la obra realizada por otro, en la obra perfecta de Cristo en la cruz del Calvario. Allí, habiendo cargado con nuestras culpas, el Hijo único de Dios dio su vida por la salvación de los pecadores. La redención de los culpables fue totalmente cumplida en la cruz. Los derechos de un Dios justo y santo fueron plenamente satisfechos, de modo que quien cree en Jesucristo y confía en los méritos de su obra sabe con plena certeza que es salvo para siempre (Juan 10:27-28).

La salvación que Dios da a los pecadores es una salvación por gracia. No proviene de nosotros ni de nuestras obras (Efesios 2:8). Sin embargo para que este don gratuito de Dios ofrecido a todos (Tito 2:11) sea nuestro, para que los resultados gloriosos de la obra perfecta de Cristo se apliquen a nosotros, es necesario que, por fe viva, aceptemos y nos apropiemos de este don maravilloso, de esta gran salvación. Ahora bien, esta vida eterna que se nos presenta no es un objeto o una doctrina sino una persona, Cristo mismo, que quiere entrar y vivir para siempre en nuestros corazones. Sólo entonces llegamos a ser hijos de Dios (Juan 1:12), ovejas de Jesús que nadie puede arrebatar de su mano, ni de la mano de su Padre.

Pero hay fe y fe. Santiago dice en su epístola que una fe sin obras está muerta (Santiago 2:14-26). Esta fe muerta no puede salvar. La fe salvadora no puede ser una mera adhesión intelectual a las verdades del cristianismo. En consecuencia, bien podríamos encontrarnos en la situación de un hombre que, educado desde la niñez en las verdades cristianas, las ha asimilado, posee un credo ortodoxo sobre la justificación por la fe, la resurrección de los muertos y el juicio eterno y sin embargo no tiene a Cristo, el Cristo vivo, en su corazón. ¿Cómo sabremos si nuestra fe es salvadora?

¿Cómo podemos estar seguros de que la vida eterna está en nosotros?

El carácter de la verdadera fe

La fe que salva produce obras, como la ley de toda vida es dar fruto. Jesús dijo: ... *por sus frutos los conoceréis* (Mateo 7:20). ¿De qué fruto se trataba? Incuestionablemente del fruto del Espíritu, que Pablo describe como ... *amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza* (Gálatas 5:22-23), ese conjunto de todas las gracias que da al creyente una personalidad atrayente en la que el mundo reconoce a Cristo

Según la declaración del apóstol Pedro, el que tiene a Dios por Padre, ha recibido de su poder divino

... todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia. Por medio de estas cosas nos ha dado preciosas y grandísimas promesas para que, después de escapar de la corrupción que hay en el mundo por causa de los malos deseos, lleguéis a ser partícipes de la naturaleza divina (2 Pedro 1:3-4).

El creyente tiene entonces comunión con el Padre y su Hijo Jesucristo. Sus deseos, sus aspiraciones, su alegría perfecta se encuentran en él.

A partir de entonces, se esfuerza por añadir a la *fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor* (2 Pedro 1:5-7). Así, quien se ha hecho hijo de Dios, manifiesta su relación con su Padre caminando en la luz, como Dios mismo está en la luz (1 Juan 1:5-7). De esta forma nos encontramos no sólo en comunión con Dios, sino también con todos aquellos con quienes Dios está en comunión y que son nuestros hermanos.

Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos... (1 Juan 3:14).

La Palabra de Dios es clara. Si Dios no quiere que los creyentes tengan dudas y miedo, tampoco quiere que los hombres se engañen peligrosamente acerca de la realidad de su fe. Toda la primera epístola de Juan da testimonio de esta doble preocupación. ¿Cómo podemos pretender tener

comuni3n con Dios mientras caminamos en la oscuridad? O somos mentirosos o no practicamos la verdad. ¿C3mo podemos decir que le conocemos si no guardamos sus mandamientos? De nuevo mentimos y la verdad no est1 en nosotros; y el destino de los mentirosos es el lago de fuego (Apocalipsis 21:8). ¿C3mo podemos proclamar que amamos a Dios mientras nuestro coraz3n est1 lleno de odio contra nuestro hermano? De nuevo mentimos, y esta mentira nos conduce al lago de fuego. Si no amamos a nuestro hermano, a quien vemos, ¿c3mo podemos amar a Dios al que no vemos? (1 Juan 4:20). ¿C3mo podemos pretender caminar en el Esp3ritu mientras vivimos en la carne haciendo las obras de la naturaleza humana? (G1latas 5:16). ¿Acaso no seremos hallados falsos testigos de Dios y nuestro fin no ser1 el mismo que el de todos los cobardes e incr3dulos que poblar1n el lago de fuego?

Por otra parte, si andamos en luz, como Dios est1 en luz, guardando sus mandamientos, amando a nuestros hermanos, haciendo justicia, el Esp3ritu Santo que mora en nosotros nos libra de todo temor, dando testimonio a nuestro esp3ritu de que somos hijos de Dios. El Esp3ritu Santo no puede dar este testimonio m1s que a aquellos que son guiados por 3l. Estos son los hijos de Dios (Romanos 8:14-16). ¿Significa esto que los creyentes est1n libres de toda falta, que ya han alcanzado la perfecci3n? ¡Lejos de ello! Porque si es verdad que tienden, que avanzan hacia la perfecci3n (Filipenses 3:12-14), saben bien que todav3a tropiezan en muchos aspectos (Santiago 3:2). Si dijeran que no hab3an pecado, ¿de qu3 servir3a la sangre de Cristo que limpia de todo pecado a los que andan en la luz? (1 Juan 1:7).

La vida en luz

Caminar en la luz hace que el alma aprecie la sangre de Cristo. Porque caminar en la luz es vivir y avanzar en la plena manifestaci3n de todo lo que Dios es, en la claridad de este Dios santo, justo y puro que Cristo nos ha revelado aqu3 abajo. Este caminar a la luz del Dios santo nos revela la profundidad de nuestra miseria, la corrupci3n, las mentiras y la soberbia de nuestros incurables corazones. Sin la acci3n de la preciosa sangre de Cristo, a la que el creyente puede mirar continuamente, este caminar en la luz le llevar3a a la desesperaci3n. ¡Pero gracias sean dadas a Dios! Cuanto m1s se revela la naturaleza maligna del creyente, m1s se encuentra de acuerdo con Dios, quien ha tra3do sobre 3l un veredicto de condenaci3n

y muerte. Un verdadero hijo de Dios, por lo tanto, todavía puede tener pensamientos de orgullo, celos, enemistad e impureza en su corazón. Pero, teniendo una nueva naturaleza, ya no siendo deudor de la carne para vivir según la carne (Romanos 8:12), lleva sobre tales pensamientos el juicio del Dios santo, teniendo siempre en su cuerpo la muerte del Señor Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en él (2 Corintios 4:10).

Caminar en la luz es caminar por un camino donde todo pecado manifestado ya no es tolerado, sino juzgado constantemente, posibilitando así la comunión ininterrumpida con Dios y la manifestación del fruto del Espíritu, la vida en abundancia, la libertad real que Jesús prometió. Sin embargo, un verdadero creyente puede relajarse en su marcha hacia adelante que es la vida cristiana. Vive en un mundo hostil, donde reinan todo tipo de deseos que apelan constantemente a su vieja naturaleza, que su fe considera muerta, pero que no acepta morir. Si las acciones groseras del cuerpo parecen estar definitivamente muertas, la lujuria se volverá más sutil. Por pequeñísimas cosas toleradas en nuestra vida, por el abuso de las cosas legítimas, poco a poco irá afianzándose en nuestro corazón, y, en el momento en que nuestros ojos hayan perdido de vista al Señor, la caída se hará inevitable.

¿Qué pasa entonces? Habiendo roto el pecado la comunión con Dios, siendo afligido el Espíritu Santo y no pudiendo ya dar su testimonio vivo en nosotros, un profundo sufrimiento se asienta en nuestros corazones. El alma que ha disfrutado verdaderamente de la comunión con Dios ya no puede vivir sin ella. Lejos de él, es tan infeliz que le será totalmente imposible permanecer mucho tiempo en el oscuro camino del pecado (Salmo 32). Esta alma será rescatada de su error por el cuidado del buen Pastor que la salvó, y encontrará en la humillación, la confesión y el abandono de su culpa, el perdón del Dios santo y el gozo de la salvación (Salmo 51. 1 Juan 1:9). Entonces aprenderá que su única salvaguarda es mantener los ojos fijos en Jesús (Hebreos 12:1-2), porque, como dijo alguien: *¡No puedes mirar a los ojos de Jesús y pecar!* Por tanto, si un cristiano puede pecar, holgazanear, caer en el sueño espiritual y en la tibieza, lo cual es inconcebible si es un verdadero hijo de Dios, es porque vive y permanece en tal estado (1 Juan 3:4).

Si con demasiada frecuencia, ¡ay!, le sucede al cristiano tener pensamientos de orgullo, celos, animosidad o avaricia, lo que es imposible para

el hombre verdaderamente regenerado, es que sigue siendo un ser orgulloso, celoso, colérico, que se deleita en enemistades y querellas, injusto, inmodesto, avaro. Antes podría ser así, pero si realmente conoció a Cristo, ha sido lavado, santificado, justificado en el nombre del Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios (1 Corintios 6:9-11). En Cristo es ahora «una nueva criatura: las cosas viejas pasaron, y ahora todo es hecho nuevo» (2 Corintios 5:17). No perdemos nuestra salvación, pero Cristo está en nosotros o no está.

No os engañéis, cuán solemnes son estas palabras que la Escritura dirige a todos aquellos que, llamándose cristianos, creen que pueden tolerar en su vida, no tanto los pecados considerados graves, sino la mentira y todas sus hermanas: la calumnia, la murmuración, la exageración. Un espíritu de contienda, envidia, enemistad, celos, avaricia, o cosas similares a estas (Gálatas 5:19-21). ¡Así que, podrían estar viviendo engañados! Y para que no sea así, para que todos estén advertidos, la Palabra declara sin rodeos que a tales personas les será negada la herencia del reino de Dios. Y no es el recuerdo vehemente de sus prácticas, de sus formas y de su celo religioso lo que podrá abrirles la puerta ya cerrada. «*Nunca os conocí*» (Mateo 7:23), les dirá Jesús. No eran suyos, pues los suyos, él los conoce (Juan 10:14). ¡Nunca fueron de los suyos! No se trata, pues, de creyentes que habrían perdido la salvación, sino de personas que se creían cristianas sin haber pasado nunca por el nuevo nacimiento, por la conversión, que no es una simple fórmula teológica, sino la manifestación exterior de una vida transformada interiormente.

Recordemos siempre que *el justo por la fe vivirá* (Romanos 1:17) y que la seguridad de la salvación no nos llega en un estado de éxtasis, ni siquiera en una experiencia pasada, sino en una marcha hacia adelante, en esta carrera hacia la meta, en esa búsqueda que tiene por objeto el premio del llamamiento celestial de Dios en Cristo Jesús (Filipenses 3:14) Tener vida eterna no es recordar el día de tu conversión, sino conocer a Dios hoy y vivir en constante relación con Él en Jesucristo (Juan 17:3).

Cuando una persona necesita redescubrir los fundamentos de la fe cristiana, es llevada a mirar al pasado, a sondear los Evangelios y todo lo que las Escrituras le enseñan acerca de Cristo: su nacimiento, sus actos, sus palabras, su amor, sus sufrimientos, su muerte y su resurrección. Por el contrario, si los cimientos de su fe son sólidos y no cuestiona lo que cree que es un dato revelado, su preocupación esencial como cristiano lo orientará hacia la vida presente. Nacido del Espíritu, el amor de Dios está en su corazón e influye en todo su comportamiento cotidiano hacia el prójimo. Caminando por fe, el Espíritu Santo le hace consciente de las obras terrenas a las que lo llama su vocación celestial. Para cumplirlas, su ayuda le viene de la continua intercesión de Cristo glorificado, sentado a la diestra de Dios. Pero, mientras trabaja hoy por la felicidad del hombre, el discípulo de Cristo no puede ignorar los acontecimientos previstos para el mañana. Aquí tiene su lugar la esperanza de la fe, que le lleva a fijar la mirada en el futuro, en este Jesús que ha venido y que volverá.

Definición de esperanza

En su sentido general, la esperanza es la expectativa de un bien deseado. En el lenguaje de la Biblia, este término se usa para designar el deseo y la espera de los bienes que Dios nos ha prometido (Salmo 119:74). La esperanza ocupa un lugar importante en las Sagradas Escrituras. Es común al Antiguo y al Nuevo Pacto. Sin embargo, en el Antiguo Testamento, aparte de la venida de un libertador, la esperanza no se elevó mucho más que la expectativa de los bienes temporales, mientras que en el Nuevo Testamento estos se desvanecen para dejar lugar a los bienes espirituales imperecederos, la fuente de todos los demás bienes (Lucas 12:31). La esperanza del Nuevo Testamento se refiere con mayor frecuencia al regreso de Cristo (Tito 2:13), y todo lo que su venida traerá a los creyentes y a toda la creación (Romanos 8:20-23). La esperanza es un elemento tan esencial

en la vida cristiana que este término se sustituye a veces por el de fe, para designar todas las verdades del cristianismo, porque la esperanza incluye todo lo que concierne a nuestra salvación, la realización total del plan de Dios para nosotros (1 Pedro 3:15; Hebreos 10:23).

Si las esperanzas de este mundo son efímeras e inciertas, porque muchas veces están mal fundadas, la esperanza cristiana es una gloriosa seguridad que se funda en las promesas divinas y que, por tanto, equivale a la certeza de la fe. La esperanza que se vuelve hacia el futuro no podría ser certeza si no se fundara en la fe que mira al pasado y al presente, es decir, que se apoya por un lado en la cruz del Calvario y en la tumba vacía, hechos históricos, y sobre el hecho presente de la soberanía invisible de Jesucristo sentado a la diestra de Dios. La fe hace ciertas las cosas que se esperan y es evidencia al alma de lo que no se ve (Hebreos 11:1). La esperanza constituye con la fe y el amor las bases esenciales de la vida del cristiano, las tres cosas que permanecen en un mundo donde todo es vanidad, (1 Corintios 13:13).

Hermana de la fe y del amor, la esperanza no puede separarse de ellas. No puede aislarse porque sin fe la esperanza no tiene fundamento, y sin amor carece de resplandor. Del mismo modo aquí abajo, la fe y el amor no pueden eliminar la esperanza, que es la alegría de la fe o, según Calvino, la perseverancia de la fe y el poder del amor. La esperanza es un casco que adorna y protege nuestra cabeza (1 Tesalonicenses 5:8). Sigue siendo un ancla de nuestra alma, segura y sólida, que penetra hasta el interior del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor (Hebreos 6:18-20). Es la puerta que nos saca de nuestras más profundas dificultades (Oseas 2:15).

La naturaleza de la esperanza

Por su principio, por su objeto y por su motivo, la esperanza es una virtud sobrenatural, una poderosa fuerza espiritual. Es un don de Dios (1 Tesalonicenses 2:16). Fue puesta en el corazón del hombre tan pronto como perdió, a causa del pecado, la posesión de lo que Dios le había confiado. Desde la caída el Dios Santo y Justo se manifiesta a Adán y Eva como el Dios de la esperanza (Romanos 15:13), dando una promesa de misericordia a la pareja pecadora. La humanidad no sería esclavizada para siempre por Satanás porque la descendencia de la mujer, Cristo, nacido

de la Virgen María, quebrantaría su poder (Génesis 3:15). Todo el Antiguo Testamento está orientado a la realización de esta esperanza. En esta expectativa vivieron los patriarcas, Moisés, jueces, reyes y profetas. Cuando por fin apareció Cristo fue para los que creían en él el centro de su esperanza (Lucas 24:21).

Todo el Nuevo Testamento nos prepara para el regreso de Cristo y el cumplimiento literal de todo lo predicho por los profetas. Así, el objeto de la esperanza de la fe es ante todo una persona, Cristo, que es vida eterna. La esperanza cristiana, por tanto, no es una concepción vaga de la otra vida, acompañada de la convicción filosófica de que estamos destinados a una existencia posterior. Tampoco es la aspiración innata de toda criatura de sacudirse el yugo de la servidumbre para alcanzar la libertad. Es la certeza fundada en las promesas divinas de que estamos llamados a la vida eterna, que para esto todo está cumplido, y que desde aquí abajo, por su Espíritu, Dios nos da la garantía de nuestra herencia (Efesios 1:11-14). La esperanza, por tanto, no se opone a la seguridad plena y pacífica, sino a la posesión actual y completa de la salvación (Romanos 8:24-25). Lejos de ir acompañada de miedo y sufrimiento, como siempre ocurre con la incertidumbre, la esperanza trae alegría, porque está motivada por los atributos de Dios. Se basa en el poder, la bondad y la fidelidad de un Dios que no puede mentir (Tito 1:1-2).

Por tanto, la esperanza corona la fe, que sigue siendo la única condición de la salvación. Sin fe no puede haber esperanza (Romanos 4:13-22). Jesucristo vino y lo hizo todo para hacer posible la obra de nuestra salvación. Pero si la fuente de la salvación está en la gracia de Dios, el hombre debe recibir por una fe viva el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo. Entonces el Espíritu Santo nos aplica los resultados de la muerte y resurrección de Jesucristo. Esta obra del Espíritu Santo tiene su comienzo visible en la conversión del pecador y continúa diariamente en la muerte al yo y en una vida de fe siempre renovada en aquel que perfeccionará su obra en nosotros en su venida (Filipenses 1:6).

El carácter de la esperanza

En comparación con la Ley de Moisés, que no guió nada a la perfección, la venida de Jesucristo trajo a este mundo una esperanza mejor, por

la cual nos acercamos a Dios (Hebreos 7:19). Es una esperanza que no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Romanos 5:5). El apóstol Pablo deseaba que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, diera a los cristianos de Éfeso espíritu de sabiduría y de revelación en su conocimiento, e iluminara los ojos de sus corazones, para que supieran cuál era la esperanza que acompañaba a su llamamiento (Efesios 1:17-19). A los colosenses, el mismo apóstol señala que el misterio glorioso escondido en todos los tiempos y en todos los siglos, pero revelado ahora a sus santos, es *Cristo en vosotros, la esperanza de gloria* (Colosenses 1:27b). A los tesalonicenses Pablo les dirá que *Dios nuestro Padre... nos dio consolación eterna y buena esperanza por gracia* (2 Tesalonicenses 2:16b). A Tito, el apóstol le hablará del *feliz cumplimiento de nuestra esperanza y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo* (Tito 2:13).

El apóstol Pedro escribió en su primera epístola: *que [Dios] según su gran misericordia y por la resurrección de Jesucristo de los muertos, nos hizo renacer a una esperanza viva* (1 Pedro 1:3b). Por eso quiere que sus lectores tengan plena esperanza en la gracia que les será brindada cuando Jesucristo aparezca.

El objeto de la esperanza

Si la presencia de Dios en la bienaventuranza eterna es evidentemente el objeto supremo de nuestra esperanza, surge una pregunta. ¿Cómo vamos a entrar en esta bienaventuranza? ¿Será a través de la muerte? Imposible, ya que la muerte no forma parte de la esperanza cristiana. Las Escrituras nunca nos hacen ver la muerte como una esperanza feliz. Incluso derrotada, la muerte sigue siendo la paga del pecado. ¿Será entonces por la resurrección? Ciertamente, la resurrección se nos presenta varias veces en los Hechos de los Apóstoles, como la esperanza misma de Israel, esperanza por la cual Pablo fue sometido a juicio (Hechos 23:6, 24:15, 26:6-8, 28:20). Pero la resurrección siempre presupone la muerte. Y es aquí donde llegamos al meollo de todo lo que desarrollamos en este libro. La esperanza específicamente cristiana, la esperanza bienaventurada, la esperanza viva, es el regreso de Jesucristo, tal como se nos presenta en las Escrituras y especialmente en el Nuevo Testamento.

No todos moriremos —exclama Pablo, escribiendo a los Corintios— *pero todos seremos transformados, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, cuando suene la trompeta final...* (1 Corintios 15:51-52).

A los Tesalonicenses, el apóstol describe este acontecimiento aún más detalladamente y afirma que los vivos, dejados atrás para la venida del Señor, serán todos arrebatados con los muertos en Cristo, resucitarán e irán juntos sobre las nubes al encuentro con el Señor en el aire (1 Tesalonicenses 4:3-18). Entonces, la resurrección de entre los muertos, la primera resurrección es uno de los hechos que acompañarán la venida de Jesús sobre las nubes del cielo para llevarse su Iglesia. Entonces se cumplirá la Palabra que Jesús dijo en la tumba de Lázaro:

Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí no morirá eternamente (Juan 11:25-26).

¡No todos moriremos! La esperanza de la fe no es la muerte, sino la venida de Jesús como Salvador quien, «transformará nuestro misero cuerpo en un cuerpo glorioso semejante al suyo, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas» (Filipenses 3:21). Jesús regresa primero por los suyos, a quienes toma consigo, para regresar con ellos a establecer su reino en poder y gloria.

No vamos a considerar todos los acontecimientos que forman la escatología bíblica. Simplemente estamos diciendo que creemos en el cumplimiento literal de todo lo escrito sobre este tema, y esto por la buena razón de que las profecías que anunciaban la primera venida del Señor tuvieron un cumplimiento literal (Lucas 24:44). ¿Con qué derecho podemos pretender que los hechos sobre el regreso de Cristo puedan ser objeto de una interpretación particular? Esto sería oponerse abiertamente a la enseñanza apostólica (2 Pedro 1:20). Creemos, por tanto, en la distinta vocación del pueblo de Israel en el tiempo, con vistas al cumplimiento de los propósitos benévolos de Dios para el mundo entero.

Si esto no fuera así, toda una parte de la Biblia perdería su relevancia y su autoridad real quedaría comprometida. Por otra parte, al querer aplicar a toda costa a la Iglesia lo que concierne directamente al pueblo judío, pueblo testigo de la bondad y de la severidad de Dios, caemos en la confusión y fomentamos el antisemitismo intelectual entre los cristianos. Si la

Iglesia quiere tener un mensaje claro que llevar al mundo, una esperanza viva que presentar a los cristianos, es urgente que los teólogos y todos los que predicán en el nombre del Señor reconsideren su posición respecto a la evolución del mundo, de la Iglesia y de Israel.

Los efectos de la esperanza bienaventurada

Ninguna verdad bíblica puede estimular tanto el celo por la evangelización como la expectativa actual del regreso de Cristo. La Iglesia primitiva es la demostración de nuestra afirmación. Debemos estar preparados, no porque haya enfermedad o vejez y la muerte amenace, sino porque Jesús viene pronto, para pagar a cada uno según su obra (Apocalipsis 22:12). Esta verdad también tiene un efecto santificador en la vida de los cristianos. El apóstol Juan afirma que *todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él también es limpio* (1 Juan 3:3). También, a través de esta enseñanza, el apóstol Pablo animó a los creyentes que estaban pasando por duelo, escribiendo a los tesalonicenses: *Por tanto, animaos unos a otros con estas palabras* (1 Tesalonicenses 4:18).

Nada puede unir más a los cristianos hoy que el pensamiento del pronto regreso de Cristo. Ya que él regresará y traerá a los suyos a sí mismo, para llevarlos a donde él mismo está, y asociarlos con su glorioso reinado. Amémonos unos a otros y mostrémosle al mundo que, a pesar de nuestras diferencias en puntos de vista sobre lo secundario, el mismo sentimiento, el mismo amor, el mismo pensamiento nos instan a caminar para encontrarnos con aquel que regresa.

Cristo nuestra esperanza

Si la Iglesia de Jesucristo ya no cree en el regreso de aquel del que todavía predica, y si en lugar de prepararse cree poder establecerse en este mundo para reinar en la tierra donde su Maestro fue crucificado, ha perdido de vista su verdadera vocación y su testimonio está llegando a su fin. Debido a que la esperanza de la fe ya no está viva en muchos cristianos su visión espiritual ha disminuido. Las verdades más claras y elementales les resultan oscuras. Las nociones más precisas se les han vuelto vagas. Solo queda un paso para que la duda invada los corazones. El desánimo y

la depresión asolan las almas. Y, abandonando a los líderes espirituales, la gente corre al psiquiatra.

Por haber descuidado la esperanza, por haberla disminuido o distorsionado, la Iglesia y muchos cristianos han caído en el sueño espiritual y multitud de bautizados se han vuelto ateos o agnósticos. Que el Espíritu Santo, que sopla donde quiere, despierte nuestras conciencias y nuestros corazones para que redescubramos la esperanza que animó a los santos de la Iglesia primitiva y que en este mundo, dando la espalda a los ídolos del presente siglo, sirvamos al Dios vivo y verdadero mientras esperamos desde el cielo a su Hijo, a quien resucitó de entre los muertos, Jesús, quien nos libra de la ira venidera (1 Tesalonicenses 1:9-10). Entonces daremos a conocer entre los paganos de este siglo la riqueza gloriosa de este misterio:

Cristo en nosotros, esperanza de gloria (Colosenses 1:27b).

Y que el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, se conserve irreprochable hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo.

(1 Tesalonicenses 5:23)

Dios no nos ha llamado a cristianizar el mundo, es decir, a difundir entre las masas, por cualquier medio, el conocimiento de un Jesús y de una doctrina que quede fuera de la vida de las almas. El evangelio de Jesucristo no es un ideal que perseguir, ni un modelo que imitar, ni una influencia a la que someterse. Es una persona a la que aceptar (Hechos 5:20).

No hay naciones cristianas

La cristianización de las masas sólo influye superficialmente en las almas; no las cambia, sino que las lleva al adulterio espiritual. Porque si los que conocen el evangelio continúan viviendo como el mundo y según sus principios, se hacen enemigos de Dios (Santiago 4:4). Por tanto, la tarea de la Iglesia no es cristianizar el mundo, sino evangelizarlo. Si hoy existen países cristianizados, recordemos siempre que no existe una nación cristiana. Sólo el cuerpo de Cristo es cristiano en el mundo, del cual todo verdadero creyente es miembro.

Quien evangeliza según la orden de Jesús resucitado, debe ver desapego del mundo y de su vana manera de vivir en las personas que reciben su mensaje y creen en Cristo por su palabra. De ahora en adelante estas almas todavía están en el mundo, pero ya no son del mundo. Son parte de ese pueblo de extranjeros en la tierra que se autodenominan *la Iglesia del Dios vivo* (1 Timoteo 3:15). Es el pueblo de Dios aquí abajo, no un pueblo que va a la iglesia, sino la Iglesia de Dios que trabaja las veinticuatro horas del día.

La evangelización divide el mundo, pero no lo cambia

La verdadera evangelización apunta al nacimiento, formación y crecimiento de un nuevo pueblo, formado de personas de toda nación, tribu,

raza y lengua. Su objetivo es hacer de los seres de carne discípulos de Jesucristo, seres que tengan en este mundo una nueva naturaleza, una vocación celestial. Ahora bien, la predicación del evangelio es el medio que Dios utiliza para llamar a los que él escogió, desde antes de la fundación del mundo, a ser santos e irrepreensibles delante de él (Efesios 1:4). Aquellos que obedecen el evangelio y creen la palabra de verdad que se les predica son sellados con el Espíritu Santo prometido, que es la garantía de nuestra herencia. Se convierten en aquellos que Dios ha adquirido en Jesucristo, para ser, desde aquí en la tierra, para alabanza de la gloria de su gracia (Efesios 1:13-14).

Pero el mundo al que Dios descendió en Jesucristo, para llamar y salvar a los hombres, sigue siendo el mundo: un sistema ajeno a la vida de Dios, una esfera de oscuridad dominada por Satanás, donde reina la corrupción que existe por la lujuria. En este ambiente perverso el hombre que acepta el evangelio se hace partícipe de la naturaleza divina y recibe de Dios todo lo que contribuye a la vida y a la piedad, mediante el conocimiento de aquel que lo ha llamado por su gloria y por su virtud (2 Pedro 1:3-4). Por tanto, el cristiano sabe qué esperanza está asociada a su llamamiento. Sabe cuáles son las riquezas de la gloria de la herencia que Dios reserva para los santos, y experimenta la infinita grandeza de su poder que se manifiesta eficazmente, en virtud de su fuerza en aquellos que creen en él (Efesios 1:18-19).

Al dejar al creyente en el mundo, el evangelio lo separa de este presente mundo malo, renueva su entendimiento y lo convierte así en testigo de Cristo, capaz de discernir aquí en la tierra cuál es la voluntad de Dios, cuál es el bien, lo agradable y lo perfecto. Así, la evangelización divide el mundo, pero no lo cambia. Cada vez que un alma se salva, el mundo pierde a uno de los suyos y el diablo a uno de sus esclavos. Nos parece importante insistir en estos hechos, para mostrar claramente que no podemos evangelizar hoy sin entender lo que es el evangelio por un lado, y sin tener en cuenta la escatología bíblica por otro lado.

Testigos de su Hijo

Debemos recordar lo que la Biblia anuncia sobre el fin de los tiempos. Hay un tiempo para todo bajo el sol. Si Jesucristo sigue siendo siempre

el mismo, no nos corresponde a nosotros cambiar los tiempos y las estaciones. La primavera no es otoño y el verano no es invierno. No podemos recoger flores de primavera en invierno ni frutos de otoño en verano, a menos que los comamos verdes. Por lo tanto, sería peligroso, porque estamos entre los que creemos en el poder del Espíritu Santo y en un Señor siempre fiel, querer a toda costa, en nuestro celo por Dios, replicar en nuestro tiempo los resultados de la evangelización de la Iglesia primitiva y renovar sus éxitos en términos de número de conversiones o en términos de curaciones milagrosas.

Cuando la iniquidad aumente y prevalezca en la tierra, y el amor de la mayoría se enfríe, ¡no se trata tanto de tener éxito ni de hacer milagros! Más bien se trata de perseverar hasta el fin (Mateo 24:12-13) es decir, ser en todo tiempo y en todo lugar lo que Dios espera de nosotros, testigos de su Hijo. Si entendemos esto, no nos desanimaremos ni nos deslumbraremos por los resultados de nuestras misiones, ni nos preocuparemos ni nos sentiremos eufóricos por el éxito de nuestras futuras campañas.

Los que deben ser salvos son aquellos a quienes Dios escogió desde antes de la fundación del mundo. Nuestra tarea es ser colaboradores de Dios, sus dóciles instrumentos y no sus agentes (1 Corintios 3:9). Fundamentados en la Palabra, sabemos que el Señor ha anunciado de antemano que no debemos confiar en nuestros esfuerzos para cambiar el mundo:

- De los cuatro terrenos sobre los que cayó el grano solo uno produjo fruto (Mateo 13:3-23).
- La cizaña crecerá con el trigo hasta la cosecha, y no nos corresponde a nosotros arrancarla (Mateo 13:24-30).
- En tres medidas de harina, en la masa pura del evangelio, se ha puesto la levadura, elemento de corrupción, y las masas engañadas y decepcionadas por una religión hipócrita y sin vida ya no quieren de este pan leudado (Mateo 13:33).

Si todavía queremos anunciar el evangelio al mundo, nos corresponde a nosotros quitar, como dice el apóstol Pablo, la vieja levadura que leuda toda la masa, para que nosotros mismos seamos una masa nueva, sin levadura, porque Cristo, nuestra Pascua, ya ha sido sacrificada por nosotros (1 Corintios 5:6-7).

Una vida transformada

Pero te preguntarás cómo podemos despertar en las almas el interés por Jesucristo. Esta es la pregunta que se hacen a menudo quienes están convencidos de que Jesucristo es el único Nombre dado a los hombres por el cual pueden salvarse. Se habla mucho de nuevos métodos a utilizar para predicar el evangelio, de la necesidad de un nuevo lenguaje para hacer accesible el nombre de Jesús a las masas descristianizadas. Se reclama un nuevo poder para realizar milagros y curaciones que acrediten el nombre del Señor entre la gente.

Por último, parece también que la propaganda hecha con los medios más modernos podría ciertamente despertar la atención de las multitudes sobre aquel a quien los cristianos todavía quieren presentar como Salvador del mundo. Si bien no queremos adoptar una posición negativa respecto de todo lo que se hace actualmente para anunciar el evangelio, seguimos firmemente convencidos de que el interés por Jesucristo no será suscitado principalmente por quienes predicán en su nombre, sino por la vida de todos los que dicen ser de él.

Una vida transformada, vivida en el mundo en completa consagración a Dios, suscitará el asombro de padres, vecinos, amigos y conocidos y llevará a hombres y mujeres a preguntarse sobre el por qué de tal cambio. Este interés, que puede llevar a las almas a buscar por sí mismas la solución a sus problemas en Jesús, puede también, desgraciadamente, llevar a los corazones a aborrecer a quienes verdaderamente viven en Cristo. Por lo tanto, todos los que deseen atraer la atención de las almas hacia Cristo deben esperar, no ser bien considerados en este mundo, sino experimentar desprecio, persecución y odio.

De hecho, si algunos elogian la honestidad del cristiano, otros lo acusarán de hipocresía o imbecilidad. Si la sobriedad del hijo de Dios es citada como ejemplo por muchos, también será objeto del sarcasmo de quienes no quieren renunciar a ninguna de las satisfacciones materiales. Dondequiera que se presente la doctrina de Cristo en su forma absoluta, dondequiera que se reciban sus palabras tal como él nos las dio, dondequiera que se tomen literalmente, surgirán conflictos, y el alma liberada interiormente del yugo del mundo y del pecado, pasará por el fuego del crisol.

Hacer presente a Cristo

Los predicadores deben recordar que evangelizar es presentar el evangelio al mundo. Este evangelio es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree (Romanos 1:16). Ahora el poder de Dios es Cristo mismo, con sus promesas y sus exigencias, este Cristo que vino a arrojar fuego a la tierra, este Cristo salvación de Dios, luz para las naciones y gloria de Israel; pero que sigue siendo piedra de tropiezo y signo de contradicción (Lucas 2:34). Llevar el evangelio al mundo es poner a las almas en contacto con aquel que dijo:

No penséis que he venido a traer paz en la tierra; no he venido a traer paz, sino espada, porque he venido a enemistar al hombre contra su padre, a la hija contra su madre y a la nuera contra su suegra. Así que los enemigos de cada uno serán los de su casa (Mateo 10:34-36).

Sí, el evangelio es ciertamente más que un mensaje, es una Persona que nos toma, nos posee, nos arranca de nosotros mismos, de nuestra familia, de nuestro entorno, y sólo nos devuelve al mundo muertos y resucitados en Cristo (Romanos 6; Colosenses 3).

Por lo tanto, en la predicación nos corresponde presentar a alguien, no una persona ausente, de un ser que una vez vivió en Palestina y que ahora estaría en el cielo. Se trata de hacer presente a Cristo en la tierra y de poner a las almas en relación con él, con vidas en las que continúa su encarnación, cumpliendo en santidad y justicia su misión de amor entre los pecadores, los pobres y los desafortunados de la tierra.

Para que las palabras de Cristo sean conocidas, recibidas y creídas es necesario que en este mundo los hombres y mujeres manifiesten la vida misma de Jesús. Así como Jesús dio a conocer el nombre del Padre a sus discípulos, a nosotros nos corresponde dar a conocer su nombre a los hombres de nuestra generación.

Pero, ¿cómo seremos acreditados ante nuestros contemporáneos y cómo recomendaremos nuestra doctrina en medio de todas las ideologías modernas? ¿No es esencialmente a través de nuestra vida? Es por la forma en que un hombre ama, sufre y muere que realmente sabemos quién es.

El evangelio es para todos

Desahagámonos de nuestro fariseísmo y de nuestros prejuicios sectarios y no hagamos, con nuestros principios y nuestras formas, el evangelio inaccesible a quienes más lo necesitan.

- El evangelio es para los que no viven como nosotros; para aquellos que no tienen las mismas ideas que nosotros.

- El evangelio es para nuestros enemigos, para los que nos persiguen y hacen daño.

- El evangelio es para ladrones, asesinos, adúlteros, borrachos, malvados con los cuales nuestro Maestro no se negó a comer.

- El evangelio es para los falsos matrimonios, para las madres solteras, para los jóvenes delincuentes y para los ancianos abandonados.

- El evangelio es para los enfermos, los lisiados, los falsos, los prisioneros, los hambrientos, los sin hogar. y drogadictos.

- El evangelio es para aquellos que, trabajadores manuales o intelectuales, luchan para llegar a fin de mes.

Cristo amó a todos los desafortunados, a todos los rebeldes, a todos aquellos que, en la tierra no han tenido su parte de vida, de amor y de alegría. También el evangelio es para ellos y para todos aquellos que no son lo que deben ser, porque nacieron de hombres pecadores en una sociedad injusta y corrupta donde reina el egoísmo y el odio.

Lo que Dios espera de nosotros

Dios no espera que presentemos a todas estas almas una doctrina particular. Él no confía en la fuerza de nuestros argumentos y el ardor de nuestras convicciones para llevar a alguien a adherirse a nuestras ideas y profesar aceptar a Jesucristo. Él espera que llevemos a quienes no piensan como nosotros este amor que todo lo espera; a los que no viven como nosotros, este amor que todo lo excusa; a nuestros enemigos este amor que todo lo soporta y todo lo perdona (1 Corintios 13:7). Él espera que opongamos a la vida de los libertinos, de los malvados, de los crueles, de los injustos, no nuestra censura y nuestras lecciones morales, sino una

vida santa, llena de bondad, gentileza, justicia y verdad. Él espera que carguemos con el peso de las angustias humanas, llevando dondequiera que se revelen la comprensión, la calidez y las posibilidades que provienen del propio amor de Dios derramado en nuestros corazones. Es el amor que se desnuda para enriquecer, que se rebaja para elevar, que lleva al hombre a morir por los demás, pero que en sí mismo nunca perece. Si el evangelio es ese amor, entonces el mundo verá que sigue siendo *poder de Dios para la salvación de todo aquel que cree* (Romanos 1:16).

Por tanto, también vosotros estad preparados, porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora en que menos pensáis.

(Mateo 24:44)

La predicación del evangelio en el mundo tiene el propósito de salvar almas y edificar el cuerpo de Cristo. Todos los cristianos están llamados a dar fuerza y crédito a esta predicación mediante el testimonio de su vida. El Espíritu Santo *recomienda* el mensaje del evangelista a través de las vidas cambiadas de aquellos que han sido alcanzados por la Palabra de Dios, que son ahora parte del pueblo de Dios en la tierra, una familia sobre la cual los ángeles y el mundo tienen los ojos abiertos (Efesios 3:10; Mateo 5:13-16). Si bien podemos distinguir la evangelización de la edificación, nunca debemos separarlas. Según las Escrituras, los evangelistas, así como los apóstoles, profetas, pastores y maestros, fueron dados «a fin de perfeccionar a los creyentes para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo» (Efesios 4:12).

¡Ay de mí si no anuncio el evangelio!

Sin predicar el evangelio se detiene la construcción de la Iglesia. Un edificio sin terminar pronto parece una ruina. Lo mismo ocurre con cualquier iglesia que no evangelice. ¿De qué serviría arreglar cuidadosamente los apartamentos, o pulir las piedras de una casa que quedó sin techo por falta de nuevos materiales? No tenemos que mantener un edificio sin terminar, ni tenemos que instalarnos en nuestro piso doctrinal. Hasta que no se haya puesto la piedra angular, hemos de construir. Por eso el apóstol dice: *¡Ay de mí si no anuncio el evangelio!* (1 Corintios 9:16).

La evangelización debe sacar constantemente nuevas piedras del mundo (1 Pedro 2:5). El trabajo de los pastores y maestros consiste en cortar y dar forma a estas piedras traídas por el ministerio de los evangelistas, y colocarlas en el edificio sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la piedra angular el mismo Jesucristo (Efesios 2:20).

La edificación de la Iglesia

Sin esta obra de edificación la evangelización es también una obra incompleta e inacabada. ¿De qué sirve multiplicar las explosiones en una cantera si luego se dejan las piedras desprendidas de la montaña esparcidas por el suelo? Dios no nos llama a hacer ruido con las detonaciones de «nuestras minas», ni a dar al mundo el espectáculo de piedras saltando por los aires, quedando finalmente sin uso en el fondo de la cantera. Nos llama a reunir estas piedras y moldearlas para el lugar que deben ocupar en el edificio en construcción.

Es natural que las almas salvas crezcan en la gracia de Dios y en el conocimiento del Señor Jesús a través de los ministerios que Dios ha dado

... a fin de perfeccionar a los creyentes para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. Así ya no seremos niños fluctuantes, arrastrados para todos lados por todo viento de doctrina y por aquellos que para engañar emplean con astucia las artimañas del error. Más bien, al seguir la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo (Efesios 4:12-15).

Todas las cosas son hechas nuevas

Es de estas almas, que aún hoy experimentan a través del evangelio el poder de Dios para su salvación, de las que queremos hablar ahora. Durante una predicación, una persona profesa aceptar a Jesucristo como Salvador. El Espíritu de Dios realmente se movió en su corazón y comenzó su obra. Lo sepa, o no lo sepa todavía, esta alma ahora es parte del cuerpo de Cristo. Su fe la ha convertido en miembro de la Iglesia universal de Cristo. Regenerada por la Palabra de Dios y la acción poderosa del Espíritu Santo, esta alma todavía está en el mundo, pero ya no es del mundo (Juan 17:16). No es la enseñanza doctrinal la que le revelará esta posición, sino, sobre todo, las necesidades de su nueva naturaleza.

Si desde su conversión ha observado que en ella «la carne» sigue siendo la carne, en su espíritu experimenta, sin embargo, nuevas aspiraciones. No

es el recuerdo de una decisión tomada lo que le lleva a no hacer más esto o a realizar aquello. Su conversión produjo en su corazón un cambio de pensamiento, de orientación. Para ella hay un entonces y un ahora (Efesios 2:11-13). Ella da testimonio de ello con sus palabras y con su vida. De ahora en adelante, tres principios fundamentales la guían: tiene en mente la gloria de Dios en todo lo que hace (1 Corintios 10:31), se preocupa por la salvación de su prójimo y actúa recordando que Dios quiere su santificación (1 Tesalonicenses 4:3). Así, la voluntad de Dios comienza a cumplirse en ella. El mundo da testimonio de ello. Pero su toma de posición también atrae oposición y le hace conocer la soledad.

¿Dónde encontrar a nuestros hermanos?

Por tanto, toda alma redimida por Cristo es llevada a buscar la comunión de los santos, de la Iglesia. Quiere conocer y encontrar hermanos con quienes poder hablar, orar, edificarse, crecer y servir al Dios vivo y verdadero mientras espera el regreso de Jesús. Pero ¿dónde podemos encontrar a estos hermanos, a esta comunidad? En muchas de nuestras ciudades no faltan iglesias evangélicas y todas ellas tienen el deseo y pretenden poder acoger en su seno a las almas tocadas por el evangelio. ¿Pero encontrarán allí estas almas el alimento que necesitan, la atención pastoral que requiere la infancia espiritual, la enseñanza útil para su crecimiento en Cristo?

Gracias a la diversidad de comunidades, existen formas de culto para todos los gustos. Hay comunidades muy litúrgicas, otras que no lo son en absoluto. Algunas tienen un ministerio único y bien establecido. Otras afirman reconocer el sacerdocio universal y dar a todos los fieles el derecho a expresarse. Pero todas afirman o creen que su forma eclesial es la mejor y la de los demás no es enteramente bíblica. Por lo tanto, no es raro que un alma recién nacida a la vida divina escuche estos diversos llamamientos: *Ven a nosotros, hay amor. Ven a nosotros, tenemos la verdad. Ven a nosotros, tenemos los dones del Espíritu. Ven a nosotros, encontrarás comprensión, podrás seguir fumando, bebiendo y nadie interferirá en tu vida privada. Venid a nosotros, somos despreciados, pero el Señor nos conoce.*

Entonces, ¿por qué no escuchar a Roma, que también podría decir: *Venid o volved a nosotros, queremos la unidad de todos los cristianos. So-*

mos los más numerosos, los más antiguos, los más poderosos. No pierdas el tiempo. Volvemos a la Biblia. Nuestras traducciones son apreciadas y el Concilio ya ha iniciado una verdadera renovación en la Iglesia...?

Las verdaderas preguntas

Todas estas invitaciones son sinceras. Pero las preguntas vitales son éstas: ¿Nuestros ambientes religiosos son reconocidos por Dios y son capaces de edificar las almas? ¿Podrán ver la gracia de Dios entre nosotros? (Hechos 11:23). ¿Se sentirán animados por el ejemplo de los creyentes más antiguos? ¿Trabajaremos para unir sus corazones únicamente al Señor? ¿Nuestro grupo les permitirá vivir las enseñanzas de la Palabra de Dios y servir a Jesús como miembro de su cuerpo, teniendo una función bien definida? (1 Corintios 12).

Estas son las verdaderas preguntas que debemos hacernos seriamente. Estamos perdiendo de vista el verdadero asunto cuando discutimos nuestras formas eclesíásticas, o el terreno sobre el cual teóricamente pretendemos reunirnos. Se trata para nosotros de estar en Jesús, para tener también a Jesús en nosotros y entre nosotros. Se trata de que manifiestemos el fruto de su Espíritu a todos y usemos los dones de su Espíritu para el bien común. Se trata de saber acogernos unos a otros, como Cristo nos ha acogido, para gloria de Dios (Romanos 15:7).

Las comunidades dignas hoy de recibir los frutos de la evangelización son aquellas que no buscan el número, la autoridad humana ni otro poder que el del Espíritu, pero cuyos miembros, aún preocupados por este mundo, persiguen la justicia, la fe, el amor y la paz con todos los que invocan al Señor con un corazón puro (2 Timoteo 2:22). Jesús dijo:

—¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? Y mirando a los que estaban sentados a su alrededor dijo: —Estos son mi madre y mis hermanos, porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre (Marcos 3:33-35).

¡Que así sea para nosotros!

Esta petición hecha por algunos griegos a Felipe (Juan 12:20-21) resume aún la necesidad más apremiante del mundo moderno. Desde su ascensión y el acontecimiento histórico de Pentecostés, Cristo se ha hecho visible aquí en su Iglesia, estando presente por su Espíritu en los miembros de su cuerpo. Para que el evangelio sea creído en el mundo, es necesario que la Iglesia crezca, y todos los que la componen sean perfeccionados en aquel que es imagen del Dios invisible: Jesucristo.

El ejemplo de la iglesia primitiva

La evangelización es, por tanto, la primera obra realizada por Dios con miras a la manifestación de su Iglesia en el mundo. Siendo la predicación del nombre de Jesús la base misma de la edificación de su cuerpo, fácilmente comprendemos cuán importante es evangelizar a todos los pueblos de la tierra, bajo la dependencia directa de Dios por un lado, y en comunión con nuestros hermanos en la fe, por otra parte. La fuerza de la predicación del apóstol Pedro en Pentecostés brotó directamente del bautismo del Espíritu que acababa de transformar en un solo cuerpo a los ciento veinte reunidos en el cenáculo (Hechos 2:1-2; 1 Corintios 12:13).

Posteriormente vemos que era el Señor el que cada día *añadía a la iglesia a quienes habían de ser salvos* (Hechos 2:47). Estos salvos ahora formaban parte de una familia cuyos rasgos característicos nos son revelados en el libro de los Hechos. Todos los creyentes unidos con sus guías espirituales. Todo lo tenían en común (Hechos 4:32-37). Lo que llevó a las almas a creer en la resurrección de Cristo fue tanto lo que vieron en la Iglesia como los argumentos teológicos de los apóstoles: podían distinguir los rasgos de Cristo en aquellos que creían en él.

Sí, Jesús realmente resucitó. ¡Todo exclamaba que el sepulcro estaba vacío! La vida eterna se manifestó en la carne de los hombres mortales.

Esta vida fue la de Jesús. Su amor burbujeaba en sus corazones. Su alegría, su paz, su paciencia, su bondad, su gentileza, su benevolencia, su fidelidad, su dominio propio, todas las virtudes de Cristo encontraron su extensión en quienes creían en él. Los hombres se amaban, se despojaban de sus posesiones para permitir que otros sobrevivieran y cumplieran su tarea. El testimonio de la resurrección de Cristo, fundamento del cristianismo, fue asegurado y confirmado por la vida de sus discípulos; Jesús vivía en ellos.

Nuestra responsabilidad actualidad

Incluso hoy, para que el evangelio se presente con poder, es necesario que Cristo se muestre al mundo en las vidas de aquellos que dicen ser suyos. La existencia de quienes invocan al Señor debe manifestar que Jesús es reconocido diariamente como el dueño de sus vidas y de sus bienes, como la fuente de sus pensamientos, la fuerza de su voluntad, el objeto de su amor, la satisfacción de sus deseos, la expectativa de su fe, la realización de su esperanza. Por sí solas las grandes campañas de evangelización, realizadas por los hombres más cualificados, nunca serán suficientes para revelar a Cristo al mundo. La organización más perfecta, los medios financieros más amplios, los mejores métodos, los mensajes más excelentes, nunca darán a la evangelización el poder que podría traer la unidad real de los hijos de Dios caminando juntos siguiendo las huellas de Cristo.

Demasiados cristianos se han acostumbrado a asistir a las reuniones sin darse cuenta de sus responsabilidades. Vienen como a un espectáculo y hablan de la predicación como el mundo comenta sobre una película o una obra de teatro. Demasiados hablan del predicador como el mundo habla de una estrella del espectáculo. Demuestran así que no saben a que vienen realmente. Vinieron a ver, si no a oír, algo nuevo, mientras el mundo esperaba contemplar a Cristo en ellos. Entendamos esto claramente: el mundo no verá a Jesús porque haya visto a diez, veinte, cien o quinientas personas levantarse y presentarse para testificar que han tomado la decisión de seguir al Señor.

La vida transformada de los fieles

El mundo verá a Cristo cuando, fuera de nuestras iglesias, de nuestros

templos, de nuestras capillas y de nuestros locales, vea que los miembros de nuestras comunidades ponen en práctica lo que han oído (Santiago 1:25). El pueblo creará en el poder de la oración cuando vea nuestra oración transformada en acción real en el mundo, la acción de quienes creen que lo que piden a Dios se realiza en ellos y a través de ellos, sin que sea necesario esperar una señal particular para comenzar a trabajar (Marcos 11:22-24). En todo momento, la oración encuentra su respuesta en el cumplimiento inmediato de la voluntad de Dios (1 Juan 5:14-15).

El mundo descubrirá a Cristo cuando encuentre entre los cristianos a los ricos cuidando de los pobres, las viudas y los huérfanos; a personas sanas que visitan a los enfermos; a los que intentan consolar a los más afligidos que ellos; a personas bien acomodadas en sus hogares dando la bienvenida a las personas sin hogar o mal alojadas; a los patrones mirando con interés los problemas de los trabajadores y a los propios trabajadores tomando en serio los intereses de sus jefes.

El mundo conocerá a Cristo cuando vea que quienes dicen pertenecerle forman verdaderamente un solo cuerpo, una comunidad de la cual Jesús es la cabeza...

de quien todo el cuerpo, bien articulado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la función propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor (Efesios 4:16).

Las multitudes se sentirán atraídas hacia Cristo cuando vean que entre los cristianos no hay acepción de personas y no se hace nada por partidismo sino que, en humildad, cada uno considera al otro como superior a sí mismo, y cada uno en lugar de mirar sus propios intereses, también considera los de los demás (Santiago 2:1; Filipenses 2:3-4).

Los hombres se acercarán a Cristo cuando vean que quienes claman al mismo Salvador se aman y se saludan en las calles, se buscan porque son hermanos, se necesitan verdaderamente, porque trabajan en la misma obra, obedeciendo a una sola dirección que coordina su acción. Los incrédulos se convertirán a Cristo cuando sepan que padres cristianos han entregado a su hijo o hija para servir la causa del Señor entre los caídos y los más miserables; cuando sepan que un joven, con un buen futuro en la sociedad, lo ha dejado todo para obedecer el llamamiento del Maestro

para llevar su amor, su palabra y su vida a los paganos que viven en oscuridad y mueren sin Jesús.

Cuando el mundo contemple en la vida de los cristianos la renuncia que predica su evangelio, la obra de su fe, la obra de su caridad y la constancia de su esperanza (1 Tesalonicenses 1:3) verá también a Jesús, y muchos podrán creer que el antiguo evangelio todavía tiene algo que decirles (1 Pedro 1:24-25). En esta hora en que el Hijo del Hombre ha de ser glorificado, Cristo hará resplandecer su rostro e iluminará a todos aquellos a quienes su Palabra despierte (Efesios 5:14). Que estemos entre las vírgenes prudentes que escucharon el clamor de medianoche: *¡Aquí viene el novio, salid a recibirle!* (Mateo 25:6).

¡Es hora de que los burladores sepan que los creyentes van de camino al cielo!

¡Jesús viene! ¿Estás listo? Precisa, directa, personal, esta pregunta es para todos. Tú que lees estas líneas, ¿conoces realmente a Jesús como Salvador de tu alma y Señor de tu vida? ¿Lo has recibido, aceptado en tu corazón, aquel cuyo poder es el único capaz de transformar nuestras vidas? Si no es así, no endurezcas hoy tu corazón y escucha su voz. ¿Por qué sigues rechazando la Palabra de Dios que te juzgará en el último día? (Juan 12:48). ¿Por qué te juzgas indigno de la vida eterna, cuando Dios te la ofrece gratuitamente? (Apocalipsis 22:17).

Y tú que hasta este día creías haberla recibido, y que de pronto has reconocido tu imagen entre el pueblo tibio de Laodicea, ¿qué harás para escapar de la terrible amenaza de ser vomitado de la boca del Señor? Para asegurarte de no vivir en una trágica ilusión reconoce tu tibieza, vuélvete al Salvador, que no se contenta con detectar nuestra enfermedad, con poner el dedo en la herida de nuestro corazón, sino que, aún hoy, ofrece para todos los tibios un remedio: *sé, pues, fervoroso y arrepiéntete* (Apocalipsis 3:19).

Despertado del sueño espiritual y despojado de toda superioridad moral, encontrarás el camino hacia la vida, la luz y el amor. Pero si rechazas la Palabra del Señor, si persistes en creer que eres rico, que no necesitas nada, cuando en realidad eres pobre, ciego y desnudo, que necesitas oro, vestiduras blancas y colirio, entonces sabe que no posees la vida de Dios. Además, a pesar de todos tus años de práctica religiosa, si no te conviertes sin demora lo único que te queda es la terrible perspectiva de ser vomitado de la boca del Señor junto con todos aquellos que, como tú, creyeron poder guardar la forma de la piedad, mientras negaban su poder (2 Timoteo 3:5).

El que es injusto, que siga siendo injusto; el que es impuro, que siga siendo impuro; el que es justo, que siga practicando la jus-

ticia, y el que es santo, que se siga santificando. ¡Vengo pronto! Traigo mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según lo que haya hecho (Apocalipsis 22:11-12).

Si todavía hoy encontramos en este mundo tres clases distintas de personas: los fríos, los tibios y los calientes, pronto llegará la hora en que ya no habrá lugar para los tibios. La corriente de maldad de este mundo se volverá tan poderosa que los tibios serán manifestados. Aquellos que no tienen la vida de Dios ya no podrán resistir las demandas cada vez más apremiantes de un mundo dirigido por Satanás. Sus formas religiosas y sus principios morales no podrán frenarlos y serán arrastrados tras todos los contaminados que aún se contaminan, de todos los injustos que aún practican la injusticia y que descienden, sordos a toda llamada de Dios, al juicio eterno.

Por otra parte, los tibios, habiéndose vuelto tibios por su laxitud, su falta de vigilancia, su amor a las cosas terrenas, su olvido de sus responsabilidades cristianas, no podrán permanecer en su sueño espiritual. Abriendo de repente los ojos —y es ahora cuando debemos abrirlos— ante el estado del mundo y su propia condición, embargados por una tristeza que es según Dios, y que produce arrepentimiento para salvación, arrepentimiento del que no nos lamentamos; encontrarán como Pedro en las lágrimas amargas del arrepentimiento, el perdón de su Maestro y se unirán a todos los justos que aún practican la justicia, a todos los santos que aún están santificados, mientras se acercan a la Casa del Padre.

Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo (Apocalipsis 3:20).

Si es cierto que hoy, en todos los ámbitos del cristianismo, las almas tienen a Cristo viviendo en sus corazones, ¿cuántos son los que, en los mismos ámbitos de la vida, han dejado, dejan todavía, dejan siempre a Cristo detrás de la puerta? ¿No lo oyes llamar a la puerta? Quizás pensaste que lo habías recibido. ¡Creías que estaba en casa y de repente lo escuchas afuera! Lo que tenías dentro de ti era sólo su doctrina, su moral, sus principios, pero no era él, su adorable persona, quien es el único que da alegría, paz, vida en abundancia.

Ya que hoy lo oyes abrir, abre sin demora. Entonces sabrás también que ser miembro del cuerpo de Cristo no es ser parte de un grupo religioso,

sino de un organismo vivo, cuyos miembros poseen todos en común la vida misma de Cristo, cabeza gloriosa de este cuerpo. Animado por esta vida, guiado por él, alejándote de los ídolos de este siglo, con todos los que huyen de la idolatría, en el poder del Espíritu Santo, plenamente libre en tu vida, servirás al Dios vivo y verdadero, esperando. del cielo a su Hijo a quien resucitó de entre los muertos, Jesús que nos libra del castigo venidero (1 Tesalonicenses 1:10).

Ferran Cots editor • Barcelona

**Yo soy el Alfa
y la Omega, el
principio y el fin
—dice el Señor— el
que es y que era
y que ha de venir,
el Todopoderoso.**

FC
EDITOR

